

ESTAS son hoy, todavía, noticias inéditas de la vida de Rubinstein. Cuando dentro de algunos meses aparezca en Francia el primer tomo de sus "Memorias", algo de lo que nos ha dicho el insigne pianista aparecerá ampliamente explicado por él mismo en los primeros capítulos de su libro.

A las doce de la mañana, su habitación de hotel aparecía ordenada. Más de medio siglo de viajes permanentes han hecho de lo provisional un modo de vivir ordenado y estable.

Arthur Rubinstein, gran señor de los años dorados, de la "belle époque", ha dado conciertos en los ambientes deslumbrantes de las últimas Cortes de Europa.

UNA BUENA MEMORIA

En su casa de París, y durante largas temporadas en su residencia de Marbella, el gran pianista ha escrito a mano más de seiscientas páginas de sus "Memorias".

—¿En qué idioma ha redactado su libro?

—En inglés. En esas primeras seiscientas páginas mi relato no alcanza más que hasta mis veintidós años. Quiero llegar hasta la Gran Guerra y entonces publicar el primer tomo, que abarcará mi juventud, agitada, interesante y tan llena de cosas. Esto me ha hecho pensar que va a hacerme perder muchas amistades, porque digo nada más que la verdad y ya se sabe que la verdad es lo que menos gusta.

De Rubinstein puede decirse que goza de sus ochenta y tres verdes años porque realmente su agilidad mental y física se conservan en plena forma. Sus conciertos se mantienen dentro del área del éxito clamoroso y su número por temporada ha llegado a superar las grandes giras de hace treinta años.

—¿Ha encontrado dificultades en la preparación de su libro?

—No, ninguna. Tengo una memoria, creo yo, prodigiosa. Todo el mundo me lo envidia. Y como suele ocurrir a mi edad, recuerdo mejor todo cuanto ha pasado

me sucede con frecuencia que me siento entre dos señoras en un banquete y al día siguiente ni siquiera las reconozco, lo cual ocurre seguramente, porque no me interesaban.

ENTUSIASMO POR ESPAÑA

Posiblemente sea Arthur Rubinstein el cliente más antiguo del hotel Palace de Madrid. Su primer viaje a España data de la Gran Guerra; pero su entusiasmo por todas las cosas relacionadas con nuestro país puede decirse que ha nacido con él.

—Cuando oía, de niño, melodías folklóricas españolas, lo que se llama música española, me emocionaba mucho más que con la música de cualquier otro país. Desde Polonia pensaba yo continuamente en España y sus cosas eran como de mi sangre. Tenía siempre el anhelo de venir a España. Creo que aprendí la Historia de España y la Historia del Arte Español y todo cuanto se refería a España, con más entusiasmo quizá que lo de otros países más próximos al mío. Así es que tenía un gran deseo de venir, y cuando llegué, al fin, puedo decir que no he salido en mucho tiempo.

La Reina Victoria había oído hablar de Rubinstein a su hermano el marqués de Carisbrooke, en Londres.

—Cuando yo vine a España, conocí a la famosa Infanta Isabel, que tenía verdaderamente mucho interés por la música y tenía la bondad de invitarme a su palacio, donde yo tocaba el piano. Un día invitó a la Reina Victoria Eugenia, que desde entonces no faltó jamás a mis conciertos de Madrid, en la Comedia y en el Teatro de la Princesa. Algunos años di hasta veinte conciertos en Madrid. Y Doña Victoria asistía puntualmente, acompañada de la Reina Cristina o con las niñas, las Infantitas, que entonces eran muy pequeñas y que ahora son muy amigas mías, a quienes veo con cierta frecuencia en Ginebra, en Roma y en París. Este contacto que establecí con la Familia

de invitarme a una casa, en donde conocería a la señora y las señoritas de la misma, que se interesaban por la música, como ocurría en muchas partes del mundo, en España me llevaban siempre a un Casino o a un Club, donde pasaba algún tiempo rodeado de los componentes de la Junta de la Sociedad Filarmónica o de un grupo de militares. A mí un hombre inteligente me interesa siempre, sobremanera, enormemente; pero un grupo de hombres me aburren a muerte. Nunca pertenecí a un Club porque me aburre la compañía de hombres solos. Sin señoras no puede ser.

No obstante el panorama español de los años de la primera Guerra Mundial, Rubinstein aguantó unos quince conciertos; de mal humor, pero aguantó.

—Y llegué a Oviedo, donde conocía al presidente de la Sociedad Filarmónica, que era un coronel del Ejército, don Plácido Alvarez Buylla, muy inteligente, muy simpático, un poco más humano en este modo de considerar las cosas como yo. Esto me permitió quejarme. Le dije a don Plácido Alvarez Buylla: "¿Cómo es esto?... ¿Es que ustedes, los españoles, nos consideran a los pianistas como unos saltimbanquis, al igual que en la Edad Media, cuando los artistas no eran presentados a las señoras? Porque veo que después del concierto las señoras se van a casa y los músicos se quedan conmigo. ¿Como se explica esto?" Don Plácido, sonriendo, me respondió: "¡Ah, no, amigo Rubinstein! Nosotros los españoles somos todavía un poco árabes. Las señoras están en casa y no las presentamos mucho. Esta es una costumbre muy arraigada en todo el país, menos en Madrid y en Barcelona."

Rubinstein, que admiraba la historia de España, se resistía a admitir esta tradición hasta el punto de que prometió tocar muy poco en provincias, por que le

po que merecería emplear en el piano para estudiar un poquito el concierto que he de dar por la tarde.

—¿Estudia muchas horas?

—De vez en cuando, sólo si tengo interés en aprender una obra nueva o que he tocado poco, o que he abandonado desde hace mucho tiempo. Entonces sí trabajo en el piano muy seriamente; pero nunca tuve principio metódico, es decir, disciplina para tocar tres horas durante la mañana, otras tantas durante la tarde... No; eso no. A veces pasa una semana sin acercarme al piano. Desde muy joven me han interesado otras muchas cosas además de la música: la filosofía, la arqueología, el arte en general, y no sólo la música. He tocado el piano sin grandes sacrificios de estudio. En realidad, puedo decir que no me decidí a estudiar el piano seriamente hasta que me casé. Entonces pensé en mi mujer, en mi familia, en el deber de hacer las cosas seriamente, y me puse a estudiar.

Ahora mismo, Rubinstein mantiene el alto nivel de cien conciertos anuales, y nunca ha celebrado menos.

—A veces he pensado: "Tengo que descansar..." Hasta que en el momento en que me ofre-

**ESCRIBE
SUS MEMORIAS**

cián una "tournée" la aceptaba sin pensar en el descanso.

—¿Y aún no piensa usted reducir sus actuaciones?

Se arregla hábilmente el pañuelo que lleva anudado al cuello; aprieta luego el cinturón de la bata.

—Mire usted... ¡Je, je, je!... Al menos que venga un momento fatal, no. Ya sé que ese momento a que me refiero me aguarda detrás de la puerta, porque tengo ochenta y tres años, que es una edad en la que no se puede hablar del porvenir ligeramente. No; el hacer planes es una presunción y yo pido que Dios firme conmigo los contratos.

Tiene Rubinstein seis pianos propios en tres apartamentos que forman un triángulo en la geometría europea: París, Marbella y Ginebra. Tiene también cuatro nietos y domina, normalmente, ocho idiomas.

—Sí, sí, hablo ocho idiomas y, naturalmente, todos mal, por la razón de ser tantos. Yo daría con mucho gusto siete idiomas por hablar bien sólo uno.

Rubinstein escribe sus "Memorias". En Ginebra, en París o en Marbella dedica cada día algunas horas a matizar con la pluma en la mano viejas partituras en las que vuelve a interpretar la canción del recuerdo.

Marino GOMEZ-SANTOS



Arthur Rubinstein, del que hemos publicado varios artículos en exclusiva en estas mismas páginas, contesta hoy a nuestras interesantes preguntas de nuestro colaborador Marino Gómez-Santos.

ARTHUR RUBINSTEIN

en los primeros años que lo que he hecho ayer, porque el interés de la persona es mucho mayor por las cosas que le rodean a los diez años que a los setenta. En una función de cinema o en el teatro, mis niños se fijaban en todas las cosas, mientras yo veía solamente lo que me interesaba. Después comentaban conmigo: "¿Has visto, papá, que zapatos con hebilla de plata, llevaba la segunda actriz?" Yo, generalmente, no lo había visto; era muy raro que me entretuviese en aquellas observaciones. Pero cuando era niño me había ocurrido lo que a mis hijos. Ahora

aburriría pasar se la vida entre hombres.

—Y ahora viene la buena anecdota. Al día siguiente, o pocos días después, tenía yo un concierto en Gijón, y allí me fui preparado para soportar la lata tremenda de los hombres, después del concierto. Comienzo a tocar, llevo al entreacto y, con gran sorpresa, advierto que por lo menos una docena de señoras guapas, elegantes, muy distinguidas, avanzan hacia mí para decirme: "Don Plácido Buylla nos ha dicho que se había usted quejado. En Oviedo no podíamos salir nosotras con usted; pero hemos venido a Gijón para invitarle, solas, a cenar". Esta es una de las anecdotas más bonitas de mi vida.

RUBINSTEIN, AHORA MISMO

La edad no ha hecho variar, apenas en nada, la vida de Arthur Rubinstein. Un día de concierto comienza con las llamadas telefónicas de los periodistas que quieren entrevistarle.

—Me siento muy honrado por el interés que muestran por mi persona; pero al mismo tiempo, eso produce una enorme fatiga intelectual y me ocupa mucho tiempo.

COMO EN LA ESPAÑA ARABE

Refiere Rubinstein que en sus primeros tiempos en España sufrió algunas decepciones, por lo cual no podía disimular su tristeza.

—Después de cada concierto en provincias—no me refiero a Madrid—, en vez